

cían sus formas desde la más remota antigüedad, y que se hallaban así gráfica y constantemente asociados a los dioses; la imaginación popular acabó por confundirlos en una misma adoración, por atribuirles la misma virtud de intervención benéfica, el mismo poder para el milagro y hasta creyó que los mismos prodigios acompañaban su existencia. El toro Apis, que se asocia íntimamente a Phtah, el dios solar de Menfis, que representa por excelencia la fuerza de la creación, participa como los dioses de la pureza absoluta del nacimiento; respecto de él se creía, o al menos se fingía creer en el dogma de la inmaculada concepción; una ternera virgen y absolutamente blanca, fecundada por un rayo de sol, parió ese animal sin mancha. Pero la mayor parte de los animales sólo gozan de una adoración local; eran más bien santos patronos que dioses propiamente dichos; lo mismo que las tribus indias, las ciudades de Egipto tenían su símbolo totémico, y con frecuencia existía una gran rivalidad, hasta una guerra declarada, entre esos animales protectores de las ciudades.

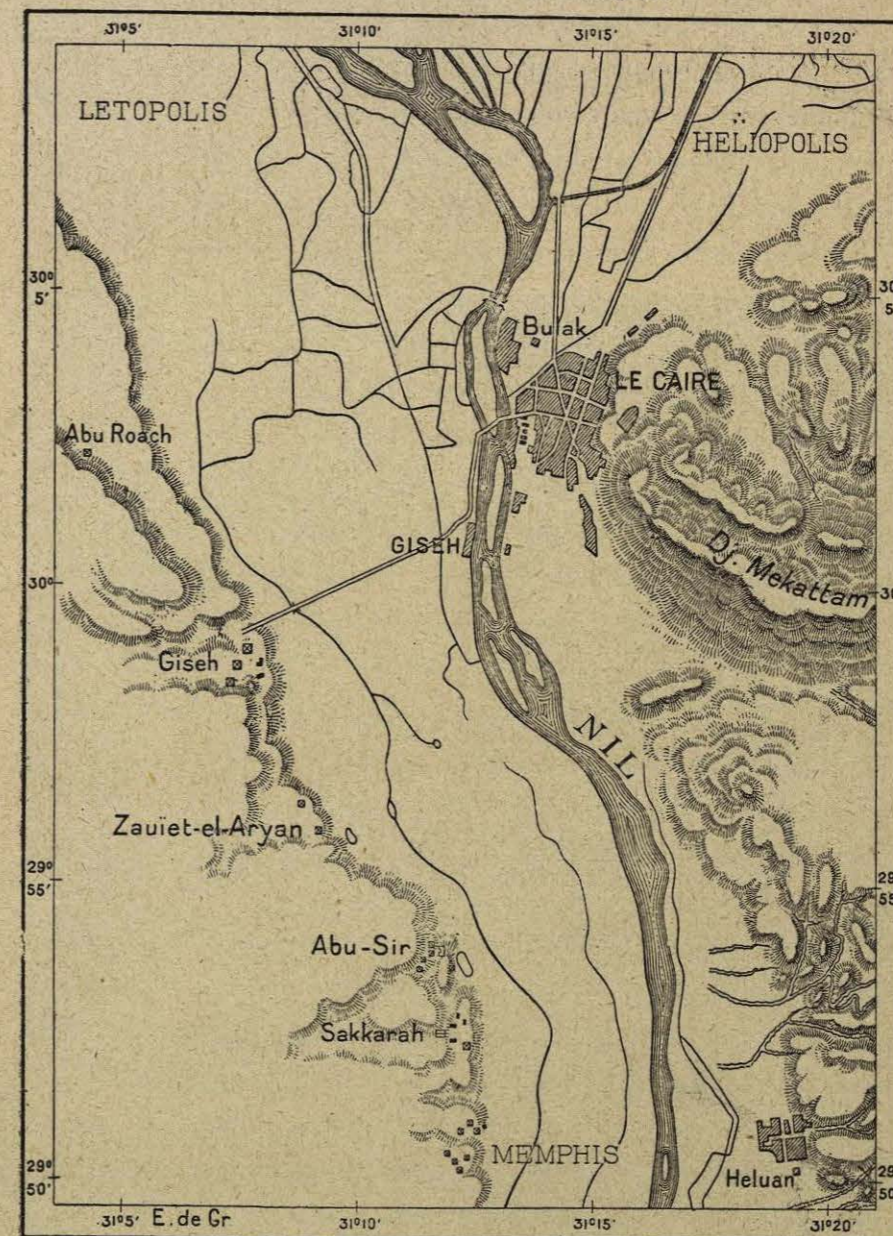
El politeísmo egipcio, tan extenso por el número de sus dioses que comprendía miles de animales, no impedía en modo alguno que, por su parte elevada, la religión de los Egipcios tocara a la idea de un dios único todopoderoso. La tendencia que llevaba a cada adorador de un dios a dotarle de todas las fuerzas creadoras, a reconocerle todas las cualidades, todas las energías que se representa el ideal humano, había necesariamente de crear en muchos individuos un verdadero monoteísmo, no menos absoluto en sus expresiones, no menos firme en sus ardores que lo fué después en sus expresiones el de los Judíos talmudistas y de los Arabes musulmanes. El culto de un solo dios, lo mismo, por supuesto, que todos los otros, halla plenamente sus orígenes en el mundo egipcio, y ciertamente sería difícil encontrar en la literatura semítica o cristiana un pasaje más decisivo a este respecto de aquellos cuya traducción ha dado Brugsch ¹.

«Dios es el Uno y el Solo, y ningún otro es sino El; Dios es el que ha hecho todo; Dios es un espíritu, un espíritu oculto, el espíritu de los espíritus, el gran espíritu de los Egipcios, el divino

¹ *Religion und Mythologie der Alten Aegypter.*

espíritu; Dios existe desde el principio; existía cuando no existía nada aún; es el padre de los orígenes; Dios es el Eterno; vive

N.º 140. De Menfis a Heliópolis



1: 250.000

0 5 10 15 Kil.

siempre y sin fin, perpetuo y de duración constante; Dios está oculto y nadie conoce su forma... Dios es la Verdad; vive por la verdad; se nutre de verdad; se apoya sobre la verdad; crea la verdad; Dios

engendra y no es engendrado; da nacimiento pero no le ha recibido; se produce a sí mismo, se da nacimiento a sí mismo; es el creador de su forma y el escultor de su cuerpo».

La concepción monoteísta de la divinidad tomó tan gran influencia en la religión egipcia, que hasta se halló un rey para intentar el cumplimiento de una revolución de culto: Amenophis IV, de quien el Louvre posee una estatuíta de un maravilloso trabajo, emprendió la labor de reducir todos los Egipcios a la adoración de un dios único, simbolizado por el esplendor del disco solar, así como el dios de los Judíos lo era por el fuego de una «zarza ardiendo», otro emblema del sol. Aten era el nombre del Eterno que adoraba Amenophis, y acaso no sin fundamento se ha relacionado esta denominación con la de Adonai dada por los Semitas judíos a su «Señor»¹.

Los sacerdotes, como magos, como amos de lo desconocido, de todas las formas misteriosas que se agitan alrededor de la pobre humanidad paciente y angustiada, dispusieron siempre de un poder grandísimo, aunque ciertos hechos nos induzcan a creer que la impresión general de terror dejada en los ánimos por las ceremonias mágicas y mortuorias haya sido exagerada. La vida de todos los días, la del trabajo, de la familia, los mil incidentes que se suceden desvían a los hombres de la obsesión del sepulcro. Así es que en las ruinas de la ciudad de Kahun, que fué edificada hace treinta y ocho siglos, cerca de la entrada del Fayum, no se ha descubierto entre numerosos papiros, ninguna pieza que hable de muerte, de religión o de ceremonias mágicas². Por lo demás, el poder temible ejercido por los echadores de sortilegios encontraba felizmente su límite en la fragilidad de los hombres que pretendían mandar a los elementos y a los espíritus. Su autoridad podía llegar a ser precaria, incierta y hasta desvanecerse tras de cada yerro, de cada fracaso.

Sin embargo, desde que se vió en los sacerdotes, no los simples detentadores de las suertes y de las desgracias, sino los representantes de los dioses, y luego los confidentes del dios supremo y los intercesores directos cerca del trono, adquirieron una majestad sobre-

¹ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité égyptienne à l'Exposition Universelle de 1867.*

² Griffith, *The Petrie Papyri.*

humana. Engrandecida en el dominio moral, su potencia tendía lógicamente a la conquista de todos los poderes. La propiedad eclesiástica se hizo formidable y se extendió sobre las mejores tierras; en Egipto más que en ningún otro país, el muerto se apoderaba del vivo, le chupaba la sangre de su cuerpo y le



Cl. Giraudon. EL BUEY APIS Y EL SACERDOTE PSAMITIK

Museo de Bulak.

dejaba débil y extenuado. La ambición suprema de los divinos intérpretes pudo también satisfacerse durante cierto tiempo, si no en Egip-

to, en el país del Meroé, dominio de civilización egipcia. La casta sacerdotal había sabido imponerse a todos y tenía bajo su tutela al rey o gobernador a quien tenía por conveniente investir con los cargos de la administración. De tal modo había prevalecido el uso, que, a la invitación del Sagrado Colegio, el príncipe debía resignar las funciones que le habían sido confiadas sin decir una palabra¹. Verdad es que uno de esos reyes acabó por tomar en serio su papel y, mandando a sus tropas rodear el «templo de oro», hizo asesinar a los sacerdotes y a sus novicios»².

De ese modo quedó establecida la lucha entre sacerdotes y reyes para la conquista del poder y para la de la supremacía divina, que, por su acción sobre la tímida imaginación de los súbditos, transformaba su conducta de obediencia en servidumbre. Los reyes que también eran sacerdotes, triunfaron en este conflicto, y durante gran parte de la historia de Egipto, el verdadero culto, a lo menos bajo su forma oficial, no fué otra cosa que la baja adoración de los reyes, divinizados en vida, por el solo hecho de la posesión del poder soberano.

Por lo demás, en inscripciones solemnes no descuidan presentarse como divinidades positivas, y la masa colosal de sus estatuas, labradas en piedras indestructibles, no tiene otro sentido que mostrarlas a la multitud bajo su aspecto de dioses. Con frecuencia sus rasgos, nobles y tranquilos como si estuviesen ya iluminados por la luz del eterno reposo, no tienen nada de personal y no dan idea de la individualidad terrestre; pero también hubo reyes que, creyendo realmente en su divinidad, se hicieron representar bajo su verdadera forma; he ahí como nos han sido conservadas figuras reales tocadas incontestablemente de idiotismo³.

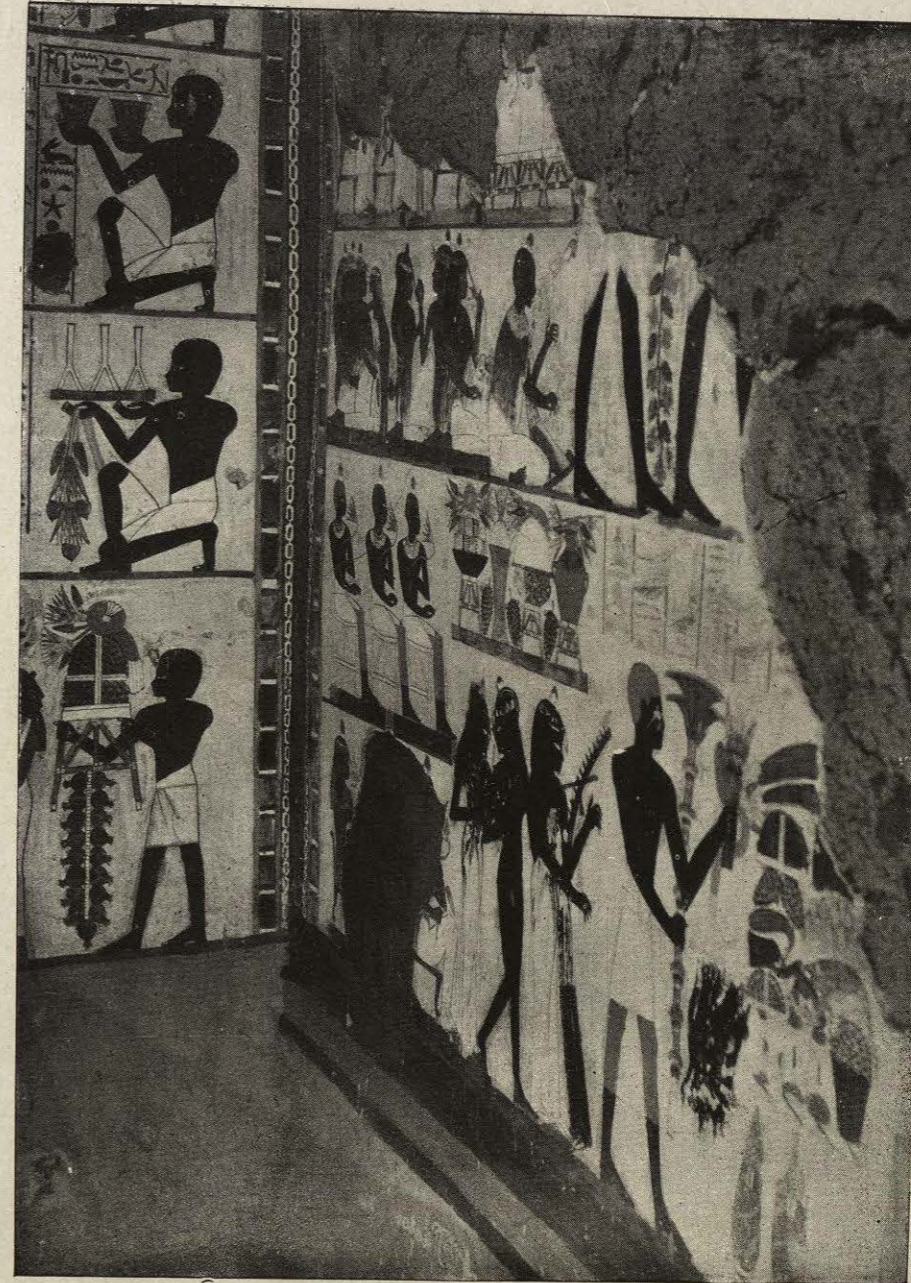
Ese culto de la adoración perpetua de los reyes, transformándose prácticamente en un servilismo completo de las almas y de los cuerpos, lanzó a los pueblos en las esperanzas quiméricas del más allá.

Los ánimos estaban preocupados por la idea de un fin, pero de

¹ Ollivier de Beauregard, *En Orient, Etudes ethnologiques et linguistiques*.

² Diodoro de Sicilia, t. II, lib. I.

³ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité égyptienne à l'Exposition de 1867*.



Cl. Beata.

PINTURA EN EL INTERIOR DE UNA TUMBA REAL
(TUMBA NAKHT)

un fin que sería al mismo tiempo un principio, y ningún otro pueblo como Egipto ha discurrido más brillantemente sobre este tema, a lo menos los Egipcios que se permitían el lujo de tener creencias, porque, como en todas partes y siempre, la masa de los súbditos se contentaba con vanas aspiraciones, con prácticas de la magia corriente, encantamientos, gestos, fórmulas hechas que apenas difieren de pueblo a pueblo ni de época a época.

Nuestros cerebros apenas pueden figurarse la *luminosa* (khu), distinta del *alma* (ba), diferente ella misma del *doble* (ka), emanaciones todas del individuo después de su muerte, con el mismo título que la *imagen* y la *sombra* perpetúan la memoria del difunto en otras civilizaciones. El «doble» de los Egipcios era un segundo ejemplar del cuerpo, reproduciéndole rasgo por rasgo en una materia aérea y coloreada; para él se preparaba la *buena morada*, o la *morada eterna*; para él se cubrían las paredes de la tumba de servidores diligentes,—porque la pintura de un servidor es lo que falta a la sombra de un amo¹,— para él, la momificación y los sostenes artificiales que se le procuraban bajo formas de estatuas; para él los *fellâhin* por centenas de mil amontonaban piedra sobre piedra.

El «doble» estaba ligado a la tumba, el «alma» circulaba libremente, habitaba entre los dioses, visitaba otro «país del Nilo», un reino de Osiris, más allá del sueño de la muerte. A veces se trata de un infierno, pero la idea de sanción queda confusa, la creencia de los Egipcios no difería mucho sobre este punto de las de los Cristianos de nuestros días; sin embargo, no creían que una falta temporal, por grande que fuese, pudiese merecer un suplicio eterno².

La religión de los Egipcios no fué, pues, ese inmutable conjunto de creencias que los historiadores griegos y, después de ellos, los egiptólogos clásicos se habían imaginado en un principio, sino que evolucionó. Después de la solicitud por la suerte del «doble» el fiel concentró sus aspiraciones sobre una segunda vida, pide «el aliento para su nariz», encuentra la beatitud en la frase de bienvenida pronunciada por Osiris: «Yo te doy las renovacio-

¹ G. Perrot, *De la Tombe égyptienne*. «Revue des Deux Mondes», 1881.

² E. Amélineau, *Résumé de l'Histoire d'Égypte*, p. 56.—E. Maurice Lévy, *Nota manuscrita*.